

Según la Comisión Europea, se definen como pobres o socialmente excluidos aquellas personas que no tienen una participación plena en la vida económica, social y civil o cuyos recursos son inadecuados y les impiden disfrutar de un nivel de vida y de una calidad considerada aceptable por la sociedad en la que viven. Puesto que es posible ser pobre y participar activamente en la sociedad, así como estar excluido sin ser pobre, se plantean tanto en los estudios como en los programas y políticas la dificultad de establecer una definición y un método para medir la pobreza y la exclusión social. El problema es más complejo cuando el objeto de análisis es la infancia. Se ha hablado del “ambiguo papel de los niños”, dado que son dependientes de los recursos que sus familias les dedican y al mismo tiempo son individuos independientes con derecho a la participación social en todas las facetas de la vida.

Si mantenemos la definición ya dada, se ha especificado que las situaciones de *pobreza* pueden acarrear múltiples desventajas con respecto al desempleo, bajos ingresos, escasos equipamientos, atención sanitaria deficiente y barreras a la formación, a la cultura, al deporte o el ocio. La *exclusión social* supone un paso más con respecto a la pobreza, adentrándose en un proceso en el que ciertos individuos son colocados en los márgenes de la sociedad, lo que les distancia aún más del trabajo, los ingresos medios, la educación y las posibilidades de formación, así como de las redes comunitarias y las actividades sociales, circunstancia que les ocasiona un sentimiento de incapacidad de controlar su vida diaria.

Si observamos la evolución de la definición de pobreza y el interés mostrado por las instituciones comunitarias en trabajar para conseguir su fin, llama la atención que ante las dimensiones del problema de la pobreza infantil y la importancia de sus consecuencias futuras, la Unión Europea no haya establecido una buena red jurídica de protección y haya “desatendido” a este colectivo en sus programas y estrategias. Hay que destacar la escasa financiación – y el mal reparto que en ocasiones se hace de ella – con que cuentan los programas destinados a reducir la pobreza infantil.

Cristina García Nicolás
Márgenes sociales en Europa: la pobreza infantil